

The background of the cover is a photograph of a dirt path winding through a vast, rolling landscape. The path is made of several wide, flat stones or sections of dirt, leading from the foreground into the distance. The terrain is covered in low-lying vegetation, possibly scrub or small trees, in shades of green and brown. In the far distance, there are more hills and a small structure on a peak. The sky is filled with soft, white and pinkish clouds, suggesting a sunrise or sunset. The overall mood is peaceful and contemplative.

Mi viaje  
del escepticismo  
hacia la fe

Josh McDowell  
Cristóbal Krusen

# mi viaje . . .

*del escepticismo hacia la fe*

josh mcdowell  
con cristóbal krusen



Tyndale House Publishers, Inc.  
Carol Stream, Illinois

Visite la apasionante página de Tyndale en Internet:  
[www.tyndaleespanol.com](http://www.tyndaleespanol.com).

*TYNDALE* y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

*TYNDALE* and Tyndale's quill logo are registered trademarks of Tyndale House Publishers, Inc.

*Mi viaje del escepticismo hacia la fe*

© 2011 por Josh McDowell Ministry. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © por Chris Hepburn/iStockphoto. Todos los derechos reservados.

Diseño: Al Navata

Edición del inglés: Bonne Steffen

Traducción al español: Adriana Powell y Omar Cabral

Edición del español: Mafalda E. Novella

El texto bíblico ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2009 como *My Journey . . . from Skepticism to Faith* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-3437-0.

ISBN 978-1-4143-6133-8

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

17 16 15 14 13 12 11

7 6 5 4 3 2 1

# 1



Esa mañana me desperté más temprano que de costumbre. Afuera todavía estaba oscuro. Me vestí rápidamente para hacer mis tareas, distraído por el suspenso que se había acumulado a lo largo de los últimos días. Salí de la casa y caminé hasta el establo, como lo había hecho miles de veces.

*Quizás hoy sea el día*, pensé, mientras alimentaba a mi yegua, Dolly, con un balde de avena. Ella me miró con sus grandes ojos marrones que siempre me tranquilizaban. Casi podía escuchar sus pensamientos: *¿Puedo ir contigo?*

Me reí y le acaricié el hocico. “Veremos, Dolly, veremos”. Relinchó suavemente, apaciguadoramente. Me apuré para hacer mis otras tareas, pero aunque a las siete todavía no había terminado, corrí a la casa en busca de mamá. *Las tareas pueden esperar*, pensé.

Wayne Bailey, nuestro empleado, estaba en la cocina lavando la vajilla. Era un hombre alto y delgado, con una nariz larga y puntiaguda. A veces me daba miedo; otras veces me parecía cómico, cuando caminaba por la casa con el delantal puesto y se agachaba para barrer

el polvo en los rincones o debajo de nuestros muebles gastados.

—¿Dónde está mamá?

Wayne levantó la mirada que tenía fija en la vajilla y entrecerró los ojos.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó.

Me hice el tonto, simulando bostezar.

—Sólo preguntaba.

—Salió con tu papá.

Abrí grande los ojos.

—¿Ya están haciendo la mudanza? —Me sentía tan entusiasmado que apenas podía pronunciar las palabras.

—¿Para qué quieres saber?

Estudí el rostro de Wayne buscando una pista.

—Están haciendo el traslado, ¿verdad? —exclamé.

Wayne simuló restregar con más fuerza una sartén. Su silencio lo dijo todo. Corrí a mi habitación para cambiarme, y me puse un overol impecable y la camisa a cuadros de color rojo que había separado para la ocasión. Reaparecí unos instantes después, mientras metía la camisa en los pantalones, y me dirigía hacia la puerta.

Wayne me miró fastidiado.

—¡Tu mamá dijo que no puedes ir a ningún lugar antes de terminar tus tareas!

—¡Las tareas están hechas! —respondí mientras escapaba por la puerta.

A la distancia, podía ver gente que iba y venía por el filo de una colina cercana. También había automóviles

y camiones estacionados por los costados de la colina. Corrí tan rápido como me permitían hacerlo mis piernas a los once años de edad. Este era un acontecimiento que no quería perderme. No, señor. Era como si el circo hubiera llegado al pueblo, pero mejor. ¡El circo estaba llegando al patio posterior de nuestra casa!

Mi hermano mayor, Wilmot Jr., o “Junior”, como lo llamábamos, iba a trasladar la casa rodante de los empleados temporales de la granja, ubicada en la cumbre de la colina, hasta un lugar ubicado camino abajo a un kilómetro y medio, más o menos. Por alguna razón, esto contrariaba terriblemente a mis padres. Cada vez que se discutía el tema, mamá lloraba. Yo no entendía por qué esto los alteraba tanto; no me lo decían, aunque sí se hablaba acerca de cómo la esposa de Junior lo estaba dominando, o algo así, y le metía ideas tontas en la cabeza.

También se hablaba de un “pleito”, y de que Junior estaba “dejando limpios” a papá y a mamá. Le pregunté a mamá a qué se parecía un “pleito”, y por qué costaba tanto limpiarlo. Las preguntas sólo lograban alterarla más.

“Eres demasiado joven para entender”, me decía, pero, no obstante, siempre me daba alguna explicación. Al parecer, Junior sostenía que mi papá le había prometido la casa. Mi papá sostenía que no lo había hecho, pero ¿quién sabe? Papá tomaba mucho y decía cosas que luego lamentaba o que no recordaba haber dicho. Tomaba como dosis diaria de bebida unas dos o tres botellas de vino barato. A veces se ponía violento

(por lo general, mientras se emborrachaba) y luego se volvía incoherente y pasivo.

Para mí, sin embargo, era mejor que toda esta charla sobre “mentiras” y “pleitos” quedara a cargo de los adultos. Yo tenía la mente ocupada en otras cosas. Me preguntaba: *¿Cómo van a trasladar una casa?* Esa era la respuesta que quería. ¿Iban a venir helicópteros para levantar la casa y acarrearla más o menos un kilómetro y medio, hasta su nueva ubicación? O quizás vendrían aviones que bajarían en picada y la remolcarían con sogas gruesas y fuertes. No tenía la menor idea, pero no pensaba perderme el espectáculo.

Al llegar a la cumbre de la colina, ya no tenía aliento. Ya había enormes tractores ubicados alrededor

**Yo esperaba una fiesta, pero esto tenía un aire extraño. Algo no estaba bien.**

de la casa, y un equipo de obreros estaba asegurando los costados de ésta con cables. Vi a mis padres mirando fijamente a Junior, quien estaba de pie junto a la casa. Un grupo de vecinos y gente del pueblo se reía y

hacía bromas mientras cavaban para sacar los arbustos y pequeños árboles que mamá había plantado alrededor de la casa. Yo esperaba una fiesta, pero esto tenía un aire extraño. Algo no estaba bien.

Miré a mi padre mientras se acercaba y tomaba a Junior por el brazo para obligarlo a que no sacara las plantas. Junior sacudió su brazo y papá cayó hacia atrás. Mamá corrió hacia el gentío, sacudiendo su pañuelo

como si pidiera una tregua. La gente la ignoró, mientras rodeaba a papá y lo regañaba como a un niño inexperto. Escuché palabras que me hicieron poner colorado. Luego la gente se volvió hacia mamá y comenzó a insultarla, en el lenguaje más sucio y vil que uno pudiera imaginar. Por un momento miré los rostros de esta “buena gente” a la que había conocido durante toda mi vida. ¿Cómo podían estar insultando de esa manera a mis padres? ¿No eran nuestros amigos?

Mi papá, que ya había estado bebiendo esa mañana, se resbaló en el lodo y cayó de espaldas, lo cual provocó más burlas de la gente. Corrí hacia mi madre, temeroso de que ella también se cayera mientras trataba de levantar a papá. Nunca olvidaré la expresión en su rostro. Me miró como si se estuviera ahogando, como si hubiera luchado para mantenerse a flote en medio de un remolino y ahora estuviera demasiado débil para continuar. Vi que se rendía y se abandonaba, resignándose a morir ahogada. Miré mi overol recién planchado y mi camisa a cuadros roja. Tenía manchas de barro en los pantalones. Había comenzado a llover.

Volví a mirar alrededor. Me di cuenta de que esto no iba a ser una fiesta. Tampoco habría aviones trasladando la casa. Mi desilusión quedó eclipsada por las duras lecciones que quedaron grabadas en mi corazón como con un hierro caliente. En casa no había conocido el amor, pero ahora veía con mis propios ojos que al parecer los vecinos tampoco nos amaban. No había amor en el mundo. Recuerdo haber pensado: *No hay*



*esperanza. No hay amor ni esperanza. Después mi mente quedó en blanco.*



Cuando volví a la realidad descendía corriendo por el otro lado de la colina, hacia el establo, llorando y gritando a la vista de todos. En un extremo del establo había compartimentos con trigo, avena y maíz, para preparar el alimento de los animales. Subí a la carrera hacia los compartimentos de grano, pasé a través de una enorme puerta y luego la cerré con el pesado cerrojo de hierro. Había dos ventanas con persianas. Golpeé los soportes que las mantenían abiertas y, allí en la oscuridad, me metí en el compartimento del maíz y me enterré hasta el cuello entre los granos.

Me quería morir. No porque la “fiesta” en la colina se hubiera vuelto amarga; no porque mis padres hubieran sido humillados por falsos amigos, o porque mi hermano odiara a su propia familia; lo que ocurría era que todas esas cosas —y otras— se habían combinado para amargarme. Sentía una enorme vergüenza.

Maldije a Dios entre sollozos. Dios —si es que existía— me había abandonado. Y si existía, y se hubiera presentado ante mí en ese momento, lo hubiera atacado con todas mis fuerzas. Lo odiaba más que a nadie en el mundo. En realidad, más que a casi cualquier otra cosa.

Mi padre, por ejemplo. Lo maldije y lo condené una y otra vez, como si estuviera haciendo un juramento. El borracho del pueblo. El cobarde que golpeaba a mi

madre cada vez que bebía. Era probable que en ese mismo momento estuviera buscando alguna de sus botellas de vino que escondía en los rincones de la granja. No era un padre en absoluto. Era un borracho miserable que tenía hijos para ponerlos a trabajar en la granja. Recibiría su merecido. Yo me ocuparía de ello.

Pasó una hora, luego dos, luego tres. Empecé a sentir hambre. Era evidente que nadie vendría a buscarme. Estaba solo, abandonado. Parecía que a nadie le importaba que yo viviera o muriera.

Finalmente salí con esfuerzo del compartimento y recorrí el trecho hasta la puerta que había cerrado con el pesado cerrojo. La empujé para abrirla y quedé cegado por el brillo del sol. Di un vistazo preguntándome si vería a alguien. Alguien que hubiera venido a buscarme.

Mi madre, quizás. Estaría llamándome por mi nombre, ansiosa por consolarme. Pero no había nadie. Sólo el sonido del viento.

Cerré la puerta del granero y bajé hasta el piso del establo. *Vivimos como los animales*, recuerdo haber pensado. *Y algún día moriré como un animal. Todos moriremos. No hay amor en el mundo. No hay sentido. No hay Dios.* Mis ojos comenzaron a adaptarse a la intensa luz al mismo tiempo que mi corazón comenzaba a adaptarse a la nueva realidad de mi existencia. Mi inocencia infantil se evaporó como la niebla matutina.

**Recuerdo haber  
pensado: *No  
hay amor en el  
mundo. No hay  
sentido. No hay  
Dios.***

